

ADAM BLADE

Busca Fieras®



¡CROMOS
COLECCIONABLES
DE REGALO!

➤ KRAGOS Y KILDOR ➤

EL DEMONIO
DE DOS CABEZAS

 DESTINO

KRAGOS Y KILDOR
EL DEMONIO
DE DOS CABEZAS



ADAM BLADE



CAPÍTULO UNO

EL REGRESO DEL HÉROE



—¡Agárrate fuerte, Elena! —gritó Tom. Su amiga se sujetó firmemente a su cintura.

Tom clavó los talones en los costados de *Tormenta* y el caballo negro salió galopando por el camino. Aun así no conseguían alcanzar al caballo castaño que galopaba por delante de ellos.

—¡Has ganado! —jadeó Tom mientras

los dos caballos pasaban cerca de un pino en una curva del camino.

Hizo que *Tormenta* se pusiera al paso, y al mirar hacia atrás, vio la cara de emoción de Elena.

—¡Por algo llaman a tu padre Taladón el rápido! —exclamó su amiga con una amplia sonrisa.

—Montas muy bien a caballo. —Los ojos de Taladón brillaban. Le dio una palmadita en el cuello a su caballo castaño—. Hay muy pocos caballos que puedan seguir el ritmo de *Rayo*.

La luz del sol brillaba con fuerza sobre las verdes colinas de Avantia. Tom se sentía feliz mientras *Tormenta* seguía trotando y observaba el camino blanco que se extendía por delante.

—Estoy deseando ver la cara de tío Henry cuando llegemos a Errinel —le dijo a su padre—. ¡No se puede ni imaginar que te va a encontrar en la puerta!

Taladón sonrió.

—Es todo gracias a ti —dijo.

El padre de Tom había desaparecido durante muchos años cuando lo encerró el diabólico brujo Malvel. Sólo cuando Tom lo venció tres veces y lo hizo más débil, su padre consiguió escapar. Pero Taladón estaba condenado a vivir como un fantasma hasta que su hijo recuperara los seis trozos del Amuleto de Avantia. En su última batalla para recuperar la última pieza, Tom había herido a Malvel y había conseguido que desapareciera del reino.

El chico casi no podía creer que su padre estuviera ahí, cabalgando a su lado, tan fuerte como siempre y con la cara llena de vida.

Tormenta movió la cabeza, haciendo tintinar sus riendas mientras relinchaba para dar su aprobación. *Plata*, el lobo gris de Elena, se unió con un alegre au-

lido mientras saltaba alegremente al lado del caballo.

Taladón cabalgaba en silencio, pero Tom notó cierta expresión de ansiedad en su cara. «¿En qué estará pensando? —se preguntó—. ¿Estará Malvel lo suficientemente débil como para no volver a hacer daño?»

Un momento más tarde, Taladón volvió a sonreír.

—Espero que María haya hecho su guiso de cordero —dijo—. No lo he probado hace muchos años.

Tom apartó sus miedos. A lo mejor sólo se había imaginado la cara de preocupación que había puesto su padre.

—Seguro que lo cocinará para ti —dijo—. ¡Y por fin volveremos a estar reunidos todos en familia!

A Tom le latía el corazón con fuerza de la emoción al bajarse de *Tormenta* y

llamar a la puerta de la cabaña de su tío Henry. El sol se estaba poniendo; salía humo por la chimenea, y en la puerta de al lado, donde estaba la forja, se oía el sonido de unos martillazos.

Tom intercambió una sonrisa con Elena y con su padre mientras esperaban en la puerta.

«¡Este momento hace que todas nuestras Búsquedas hayan merecido la pena!», pensó.

Oyeron unos pasos que se acercaban y la puerta se abrió. Tía María estaba en el recibidor.

—¡Taladón! —exclamó con los ojos abiertos por la sorpresa—. ¿De verdad eres tú?

—De verdad —contestó éste con una sonrisa—. Me alegro de verte otra vez, María.

Tía María dio un paso y abrazó a Taladón.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó—.
¿Dónde has estado? ¿Por qué no nos lo
cuentas?

Taladón se apartó ligeramente mien-
tras seguía sonriendo.

—Es una historia muy larga.



—¡Tom! ¡Elena! —Los ojos de tía María se llenaron de lágrimas—. ¡Estáis a salvo! ¡Nunca me hubiera imaginado que íbamos a volver a estar todos juntos!

—Ha sido gracias a Tom. —Taladón miró a su hijo con cariño—. Es un verdadero héroe.

—No lo podría haber hecho sin Elena —dijo el chico sonrojándose de la vergüenza.

—Estoy orgullosa de los dos —dijo tía María—. Supongo que querrás ver a Henry —le dijo a Taladón—. Está en la forja.

—Vamos ahora mismo —dijo éste—. Venga, Tom, Elena.

—Yo me quedaré aquí para encargarme de *Plata y Tormenta* —dijo Elena rápidamente. Tom supuso que su amiga quería que su padre y él estuvieran un rato a solas con tío Henry.

Tom fue en cabeza por el camino que iba de la cabaña a la forja. Al empujar la puerta para abrirla, sintió el calor del fuego, que siempre estaba encendido. Las llamas brillaban con una intensa luz roja.

El sonido de los martillazos se detuvo. Tom vio a tío Henry delante de su yunque con un martillo en una mano y unas pinzas que sujetaban una herradura a medio forjar en la otra.

—Ha venido alguien a verte —dijo Tom. Dio un paso para entrar en la forja y después se echó a un lado para dejar pasar a su padre.

Henry abrió completamente la boca, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¡Taladón! —exclamó.

—Hola, hermano —dijo Taladón.

Henry soltó el martillo y la herradura, que cayeron haciendo ruido contra el suelo de la forja, y salió corriendo a abrazar a su hermano.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó—. ¡Pensé que estabas muerto!

—Era como estar muerto. —Taladón se separó de su hermano y lo miró poniendo las manos en los hombros de Henry—. Pero gracias a Tom, estoy tan



fuerte como antes. Y ahora estoy en casa.

—Es maravilloso tenerte de vuelta, y a ti también, Tom. —Tío Henry abrazó a Tom—. Vamos a comer.

Una vez de vuelta en la cabaña, Tom, su padre y su tío encontraron a tía María y a Elena en la cocina. Tía María revolvía una gran olla de hierro sobre el fuego. Tom ayudó a Elena a poner unos platos de estaño en la mesa.

Taladón olió el aire.

—¿Eso que huelo es tu guiso de cordero?

Tía María levantó la vista de la olla con una gran sonrisa en la cara.

—¡Me acordé de que era tu preferido! Pero tendréis que esperar un poco. No esperaba visita. —Añadió cebolla picada a la olla—. Tenemos que celebrar un festín en tu honor, Taladón.

—No hace falta —protestó éste.

—¿Cómo que no? —Tía María revolvió con fuerza—. Todos en Errinel deberían saber lo que has hecho por Avantia. ¿Qué mejor excusa para hacer un festín? Invitaremos a todo el pueblo.

El sol estaba muy bajo. Elena terminó de poner la mesa mientras Tom encendía unas lámparas de aceite. Cuando la cena estuvo lista, todos se



sentaron delante de sus humeantes cuencos.

Tom miró a su alrededor; estaba con las personas más importantes para él.

«Nunca me imaginé que estaríamos todos juntos así», pensó.

Levantó su copa y dijo en voz alta:

—¡No recuerdo haber estado más feliz en mi vida!



Un gran crujido despertó a Tom. Se sentó de golpe y durante un momento no sabía dónde estaba. Después reconoció su antigua habitación en el desván de la cabaña de sus tíos. La débil luz del amanecer se colaba por las contraventanas.

En el otro lado de la habitación, Elena se tapó con las mantas.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó con voz somnolienta.



—No lo sé. —Tom se levantó y se puso su túnica—. Pero será mejor que salgamos a investigarlo.

Plata, que estaba durmiendo a los pies de la cama de Elena, salió detrás. Taldón se unió a ellos y bajaron la escalera. En el piso de abajo, tío Henry y tía María ya estaban despiertos. Henry abrió la puerta de la cabaña.

Tom salió el primero y los demás lo siguieron. Afuera no se movía nada.

Entonces, su mirada se clavó en la forja.

—¡Mirad eso! —exclamó.

Los primeros rayos del sol iluminaban un agujero enorme en la puerta de la forja. Parecía como si algo le hubiera dado un golpe desde dentro.

A Tom se le hizo un nudo en el estómago. «¿Habrá algo acechando dentro de la forja?».